

## PARADOJAS ALREDEDOR DEL 89

José Luis Vega C.\*

Es muy propicia la fecha para reflexionar sobre los orígenes y trayectoria de nuestra democracia, aunque pienso que se ha exagerado por parte de quienes desean verla como un fenómeno (hecho o estructura?) originado el 7 de noviembre de 1889 y que este año cumple sus cien años (de qué?).

El artículo del profesor Meléndez, incluido en este número de la REVISTA DE HISTORIA, nos ayuda mucho a desmitificar el proceso ya que con su agudo sentido observador, logra plantearla a su vez en la particularidad y en la globalidad socio-histórica, como debe ser. Pero, aún más: nos permite ir mucho más allá para verla *no* como un hecho único, irrepetible, casual y mágico; ni mucho menos como una cosificada estructura que puede ser clasificada taxonómicamente según una rígida tipología de regímenes políticos; *ni* tampoco como un dilema a dilucidar filosóficamente, a través de una meditación trascendental divorciada de cualquier referencia a la realidad histórico-social concreta. Nos la retrata como un *proceso* que no surgió, ni se produjo, de un modo acabado en un solo acto de un solo día (tuvo antecedentes, proyecciones e interrelaciones en varias direcciones) sino que además se tejió en parte sin que los propios actores

---

(\*) Catedrático de Sociología en la Universidad de Costa Rica.

tuvieran plena conciencia de lo que estaban produciendo y ante todo de una manera harto *paradójica*; es decir, que contradecía lo que ellos decían así como sus objetivos manifiestos. No fue un fenómeno casuístico ni normativo tampoco completamente volitivo. Así es que podemos extraer varias conclusiones y lecciones al respecto que destacaré muy brevemente a continuación, ya que los detalles narrativos están muy bien logrados en el mencionado artículo.

## II

La primera y gran paradoja es que la democracia surge como un producto balbuceante y contradictorio de una era autoritaria de la cual fue su *negación*. Guardia seguramente no sabía para quien terminaría trabajando; porque su propósito consciente no fue retirar el poder de las manos y afanes monopolistas de los oligarcas cafetaleros; ni abrir paso a la formación de partidos políticos que minaran el control de sus familiares y allegados para quienes ansiaba la conservación de su obra. Y así podríamos señalar la contradicción entre sus fines y otros resultados históricos. Esto significa que es posible avanzar en la construcción de la democracia como proceso *desde* bases y antecedentes que *no* son democráticos, aboliendo, con ello, el determinismo mecanicista, de quienes le niegan a muchas sociedades, *a priori*, la posibilidad de democratizarse. No nació Costa Rica democrática; se *hizo* democrática y, en algunos casos, a pesar y en contra de la voluntad de sus demócratas.

Una segunda paradoja la observamos cuando Meléndez nos aclara que fueron los grupos conservadores y clericales los que, sin proponérselo, y movidos casi instintivamente por sus intereses inmediatos y la percepción de ciertas amenazas de los liberales, *forzaron* a éstos (que hablaban mucho de democracia y respeto a las leyes y los derechos civiles) a que aceptaran un cambio en favor de la democracia real de partidos y del respeto a la *oposición* y a su pretensión de llegar al poder. Porque no hay democracia si no existe, subsiste y puede acceder al poder de Estado, una oposición que, desde un status o una posición de *minoría*, pueda convertirse en una *mayoría*, independientemente de su configuración ideológica, *incluso* si no es liberal. Y esto es lo paradójico en la historia *real* de la democracia *real*.

Hallamos una tercera paradoja en la observación de que, además de haber sido el conservatismo triunfador en los sucesos del 7 de noviembre, el liberal Presidente de la República *no* se lo imaginaba así y solicitó a las autoridades respeto a la libertad de sufragio, de manera irrestricta y de acuerdo con las normas que él mismo transgrediría poco después, una vez que percibió que sus acciones llevaban directamente al triunfo de sus oponentes. Hasta ahí llegó la defensa de una ideología para dar paso a la de un craso *interés*. Por ello afirmaba Max Weber que la política es, esencialmente, una "empresa de interesados", en la cual muchas veces las ideas y las creencias salen sobrando. Nuestra democracia real, por consiguiente, tuvo un origen, o al menos uno o varios avances, *no ideológicos*, sino vinculados a intereses y virajes de la lucha política inmediata que se libraba con muy distintas armas en muy distintos escenarios; y, también por *detrás* de los escenarios.

De manera muy similar tenemos una cuarta paradoja en el hecho de que el gran héroe de la lucha opositora del 89, el Lic. José Joaquín Rodríguez, una vez en el poder dice el profesor Meléndez que "no estuvo a la altura del evento que él mismo contribuyera a realizar". Otro gran actor, pues, que se vuelve contra su obra y representa un papel contrario que obliga a una nueva lucha: cierra el Congreso e impone a su yerno, Rafael Iglesias, como sucesor sellando negativamente para siempre el designio de los clericales (que lo habían elevado al trono) de controlar el Estado y fusionarlo con la iglesia católica, con lo cual hubiera retrocedido el liberalismo en su proyección beneficiosa a la democracia y se hubiera impuesto una especie de teocracia reaccionaria y autoritaria, dando al traste con muchos avances progresistas. Más adelante los liberales caerán, por su lado, en la aparente contradicción de aprender a vivir con la iglesia y se harían tolerantes de otras corrientes ideológicas; lo cual a estas alturas del análisis, no nos debe sorprender para nada. También se verá cómo la iglesia misma, para atacar a los liberales, reforzó una tendencia que ya se perfilaba desde los días de Monseñor Thiel: la de señalarlos como insensibles al sufrimiento, al dolor, la congoja y a la miseria o explotación del más débil por el más fuerte dentro del mundo del capitalismo manchesteriano del "dejar hacer, dejar pasar". Esto nos explica por qué la iglesia católica asumió la "cuestión social" como causa de los asalariados y al mismo tiempo como *su*

causa en la pugna con los liberales olímpicos, quienes no creían en la intervención estatal en materia salarial ni en equilibrar las relaciones obrero-patronales. Del mismo modo se explica cómo en los años 40 fue posible compatibilizar, a través de las decisiones de política pública de un ferviente católico como el Dr. Calderón Guardia, los *roles* del Estado y la Iglesia, estando esta última bajo la jefatura de Monseñor Sanabria, abanderado de la "cuestión social"; todo ello sucedió a pesar de las resistencias de los liberales de entonces que no deseaban un retroceso de sus tesis plasmadas en las famosas leyes de 1884. Al final se lograría otro punto de equilibrio y así sucesivamente, a lo largo de una conflictiva y multilineal senda.

Lo curioso y que salta como una quinta paradoja mayor es que con el desarrollo de estos multifacéticos conflictos político-ideológicos nos dice Meléndez que casi siempre se logra que las "aguas vuelvan a su curso" es decir, que se restablezca la armonía de intereses, se abra un período de negociación, acomodo y calma, y se logre una serie de *acuerdos mínimos pero duraderos* entre las élites en pugna para organizar de ese modo la dominación social, legitimar el Estado democrático de Derecho y aumentar el beneficio de sus tiendas económicas y políticas a costa de las mayorías. Se trata de los sucesivos "pactos de dominación" que como el de Concordia, el que de algún modo llevó a la Constitución de 1871, y , el de algunos otros más que a su vez llegaron al de 1948-49 entre social-cristianos, comunistas y social-demócratas, han contribuido a *estabilizar* el sistema sociopolítico a pesar de muchos altibajos y desviaciones anti-democráticas. La resultante histórica, el balance (jamás final) que podemos hacer a estas alturas ha sido afortunadamente positivo para la democratización *formal*, no así para la que de algún modo sigue esperando hoy más que nunca en la esfera social y económica, donde se vislumbra ya el ascenso de una *Nueva Oligarquía plutodemocrática y tecnocrática*, desde las jerarquías a que da lugar la verticalización de la riqueza, la cual tanto contrasta con la nivelación hacia abajo de la ciudadanía en el plano de lo político-electoral, en donde se cuenta el voto del rico igual que el del pobre. Pero este es tema para tratar en otra ocasión próxima.

### III

La gran paradoja final es que los actores que fueron construyendo nuestra democracia quizá no estuvieron

conscientes de lo que estaban haciendo era la realidad, como lo dice el profesor Juan Rafael Quesada: "un discurso global sobre la democracia costarricense, solo aparece en décadas posteriores. Más aún -agrega- tenemos la impresión de que surge primero, un discurso *crítico* sobre la democracia costarricense en esos años -que hoy nosotros llamamos de democracia liberal oligárquica". Muy cierto; y al mismo tiempo demuestra que las ideologías se forjan generalmente como explicaciones, justificaciones o, como decía Vilfredo Pareto, como "racionalizaciones" una vez que la historia real fue ejecutada y luego elevada a una dimensión mítica. Corremos por eso el peligro de fijarnos solo en los mitos y no en la forma como se hacen la historia y la sociedad, lo cual en este caso nos podría llevar a una *idolatría*: la creencia de que los grandes héroes visionarios hicieron la historia según su conciencia, o la conciencia de las masas. En cualquier caso, se trata de una *falsa* creencia que obedece a una *falsa* conciencia, que no toma en cuenta a la *real* experiencia, menos a la *práctica* de la política en su autonomía relativa y en su peculiar modo de demostrar cómo es que se realiza, en lo inmediato, lo que luego es mostrado como designio o destino histórico

Finalmente, creo que debe desestimarse la tesis de que solamente los actos, procesos o paradojas de lo político generan la democracia. Esta es la resultante (muchas veces *no* buscaba *ni* deseaba) de la *conjugación* de varios procesos, o más bien de varias estrategias dentro de un cambiante contexto mayor de fuerzas y sobre todo de *políticas públicas* y modos culturales de actuar de la ciudadanía, su peculiar *estilo de vida*. Esa estrategia *trilateral* -puesto que tiene una dimensión que tiene que ver con la defensa de las libertades individuales y civiles; otra que tiene que ver con el avance hacia la igualdad social; y una muy importante que tiene que ver con una eficiente y creciente producción económica e intelectual, o tecnocientífica- se va configurando por la vía del tanteo y del error, o de las "aproximaciones sucesivas", a través de muchas crisis, secuencias sorpresivas, caminos encontrados o contradictorios. Lo crucial de toda esa estrategia es que la *ciudadanía* se va ya afirmando por encima de la *jerarquía*, que la democratización a nivel formal y electoral no deje que se afiance y verticalice la concentración de la riqueza y se centralice el poder social de tomar decisiones colectivas o de bien público; en otras

palabras, que la democracia *no* se detenga en lo político e ideológico, aunque se devuelva a través de lo político y aunque deba legitimarse en el plano de lo ideológico. En todo caso, lo principal es no perder de vista que no nace ni nació así en un solo día; aunque sí basta uno solo para que se derrumbe, y así sucumba la ciudadanía frente al peso y la represión de la jerarquía. Ojalá las nuevas generaciones aprendan no solo del exitoso caso costarricense, sino también de otros muy trágicos y malogrados, para que puedan así seguir contribuyendo a la tarea incansable de construir, junto con la paz y la prosperidad, la democracia en su *triple dimensión* de democracia política, social y económica.